

VELEIA

REVISTA DE PREHISTORIA, HISTORIA ANTIGUA, ARQUEOLOGÍA
Y FILOLOGÍA CLÁSICAS

Comité de Redacción:

I. BARANDIARÁN J. L. MELENA J. SANTOS V. VALCÁRCEL

Secretario:

J. GORROCHATEGUI

13



Torso *thoracatus* hallado
en Iruña, Álava,
la antigua
Veleia

INSTITUTO DE CIENCIAS DE LA ANTIGÜEDAD
AINTZINATE-ZIENTZIEEN INSTITUTUA

© 1996
Servicio Editorial
UNIVERSIDAD DEL PAIS VASCO



Argitalpen Zerbitzua
EUSKAL HERRIKO UNIBERTSITATEA

VITORIA

1996

GASTEIZ

EL MAPA DE HECATEO

Abstract: The work of Hecataeus has not been sufficiently recognized in its scientific and symbolical importance. The elaboration of the map is in the origin of the theory of proportions, which is essential to the Greek mathematics, origin this that has not been never in mind of the investigators of the Greek mathematics. Its «Genealogies» break the cyclical experience of time of that archaic society. And the scientific prose, of which he is one of the beginners, opens to new experiences of time, too, introduces a new type of privacy and exploits the potential rationality of the ordinary language, that the sacred poetry obstructed to manifest.

Hecateo no es uno de los autores más favorecidos en el tratamiento del mundo antiguo. Como historiador palidece ante su inmediato sucesor, Heródoto; como presocrático, los llamados filósofos (Anaximandro, Heráclito, Parménides...) han monopolizado casi exclusivamente este nombre y a nadie se le ocurre, más que esporádicamente, ocuparse de un hombre que pasa por geógrafo e historiador: Kirk - Raven, en una excelente historia de los presocráticos, de orientación además preferentemente científica, sólo lo mencionan de pasada y en función de otros autores, Anaximandro, y como objeto de las críticas de Heráclito¹. Y eso que hoy en día se ha levantado esa restricción de fronteras tan enojosa entre los distintos tipos de discurso que pesaba hasta hace poco y que obligaba, por ejemplo, a considerar a Hesíodo exclusivamente un poeta y a Parménides exclusivamente un filósofo. Pero la nueva frontera debe pasar por la intertextualidad de la llamada filosofía y la llamada literatura². La geografía y la historiografía de Hecateo, aunque se sabe de su importancia para todo el siglo V y primera mitad del IV a. de C., se considera superada por los propios griegos a partir de Eudoxo y, por si fuera poco, no disponemos del mapa y sólo de algunos residuos informativos sobre su obra. Y sin embargo...

Sin embargo, creo que no se ha subrayado suficientemente la importancia del mapa de Hecateo. Se ha hablado algo sobre su transcendencia científica, pero con una concepción estrecha de la ciencia reduciendo su problemática al dilema empirista, hoy ya superado, de la confrontación entre datos y modelos³. En la elaboración de un mapa hay, con todo, aspectos decisivos que no se han tenido en cuenta, como es su impacto en lo imaginario cultural, por no mencionar más que uno. Además de dimensiones inéditas de las dificultades científicas con las que tuvo que luchar Hecateo.

Poco sabemos de la cronología de Hecateo: sólo que era un hombre de gran prestigio cuando Darío invadió las ciudades griegas de Asia Menor (500 - 499 a. C.). Darío, continuando la tradición expansiva de sus antecesores Ciro y Cambises, lleva su dominio hasta Bizancio y hasta Feni-

¹ Cf. Kirk, G. S., Raven, J. E.: *Los filósofos presocráticos*, Madrid 1969, pp. 151 - 152 y 259.

² Sobre los problemas teóricos de la intertextualidad, cf. J. Derrida: «La loi du genre», pp. 249 - 287 de *Parages*, Paris 1986; y J. Habermas: «Philosophie und

Wissenschaft als Literatur?», pp. 242 - 263, de *Nachmetaphysisches Denken*, Frankfurt am Main 1988.

³ Entre la numerosísima bibliografía, cf. W. Stegmüller: *La concepción estructuralista de las teorías*, Madrid 1981.

cia, con lo que la capacidad económica y comercial de Mileto se ve seriamente amenazada. Como Sibarís, en el sur de Italia y el otro lugar de tráfico de Mileto, era arrasada en esas mismas fechas por Crotona, Mileto se encuentra ahogada. Los tiranos de Mileto, Histieo, en el exilio, y Aristágoras, su yerno, deciden sublevarse. Hecateo lo desaconseja, porque conoce el inmenso poder del persa, y propone controlar el mar, salida económica, refugio en caso de huida y lugar en donde Darío aún no había podido implantar su poder⁴. Y, cuando la derrota es ya evidente, en vez de emigrar lejos, a Cerdeña, como quería Aristágoras, propone continuar con la vida tranquila en una isla próxima, Leros, fortificándola de antemano⁵. Es el sabio que no está por la labor de la guerra, ni siquiera a modo de colaboración, el hombre que sólo entiende la vida como bienestar y conocimiento. Y no hay indicios, como en el caso de Tales, de habilidades técnicas.

Dos grandes obras se atribuyen a Hecateo: la «Geografía» y «Las Genealogías». Puesto que su reconstrucción está en gran medida realizada ya a partir de 1912 por F. Jacoby, el editor de sus fragmentos, científico que supo calibrar, además, la importancia de este geógrafo e historiador y situarlo dentro de la filosofía natural milesia⁶, mi labor en este trabajo consistirá en reinterpretar el material desde el mundo de lo imaginario, precisar los problemas científicos que entraña su elaboración y sus consecuencias para ciertos aspectos de la historia de la matemática griega y valorar el alcance de la prosa de Hecateo. Para ello dividiré el artículo en tres partes: la primera, sobre su geografía, la segunda sobre su genealogía, la tercera sobre su prosa.

1. LA GEOGRAFÍA

Las fuentes le ponen en conexión con Anaximandro en la cuestión de la confección de un mapa de la tierra. Pero, por razones cronológicas, difícilmente pudo ser su discípulo: si Anaximandro murió en el 545 a. C., en el momento de la rebelión Hecateo debía contar casi sesenta años. Lo cual no es imposible, pero sí improbable; seguramente sería más joven. La conexión debió ser, por tanto, de tipo intelectual: afinidad y comunidad de tareas, más que de discipulado. De Hecateo se nos informa que elaboró un mapa de la tierra, no uno astronómico, que escribió un libro de geografía. Hemos de suponer que las dos actividades iban unidas, y el libro explicaba el mapa⁷. El material que utilizó Hecateo para la confección del mapa y la conciencia de la trascendencia científica en la historiografía antigua, así como su conexión con la filosofía natural de los milesios lo puso de relieve F. Jacoby ya en el año 1912, en un estudio que sigue siendo fundamental hoy en día y con el que empieza la moderna investigación sobre el geógrafo. A sus resultados, con algunas variantes, me atenderé yo y siguen ateniéndose cuantos estudian a nuestro autor.

La imagen general de la tierra es como la de Anaximandro: un cilindro con superficie plana, no esférica. Rodeando la superficie exterior de la tierra está Océano, el mar exterior. Toda la concepción es plenamente geometrizable. Como los griegos de su tiempo y posteriores, divide el mundo en dos grandes partes, el norte (Europa) y el sur (Asia). Esta separación se efectúa por una línea que de oeste a este la forman el Mediterráneo, el Hellesponto, el mar Negro y el río Fasis, que

⁴ Cf. Heródoto, V, 36.

⁵ Cf. Heródoto, V, 124 - 125.

⁶ Cf. Hekataios von Milet, en *RE*, VII, 1912, col. 2667 - 2750.

⁷ Cf. Estrabón I, 1, 1; en la colección de fragmentos de F. Jacoby: *Fragmenta Historicorum Graecorum*, 1, Test. 11b; en lo sucesivo, citado bajo Jacoby más el número de testimonio o fragmento; y Agathem. *ge. inf.* I, 1 = cf. Jacoby, Test. 12 a.

procediendo desde el Cáucaso desembocaría en el Océano por el este⁸. La otra bipartición, de norte a sur, la establecerían el Danubio y el Nilo, ambos procedentes del Océano por cada uno de los lados opuestos, y que desembocarían también en el Mediterráneo. Con estos dos ejes la superficie terrestre quedaría dividida en cuatro cuadrantes.

A su vez vería las distintas zonas de la tierra como figuras geométricas: Escitia como un cuadrado, Asia Menor y Arabia como trapecios. La regularización llega aún más lejos: subdivide el norte de África, de norte a sur, en tres franjas, partidas a su vez en dos mitades, la occidental y la oriental, por una línea de demarcación que las atraviesa de norte a sur⁹.

Aunque he esquematizado un tanto, creo que tiene razón von Fritz en insistir en esta geometrización del espacio geográfico que opera Hecateo.

El material utilizado para la confección de su mapa es de dos tipos. Las notas de los marineros de su tiempo le proporcionan todo lo relativo a las costas: eran sólo indicaciones de distancias de unos puntos a otros, con señales sobre promontorios y cambios en la dirección de la costa. Pero carentes por completo de orientación, guías sobre las posiciones celestes y el ángulo de estos cambios: los navegantes no los necesitaban, puesto que no se aventuraban en alta mar, sino que navegaban bordeando las costas. Y para los conocimientos de tierra adentro y del continente, en especial de Persia y Egipto, él mismo realizó viajes de información: ninguno de estos dos viajes debe extrañar, después de lo que sabemos sobre las comunicaciones constantes entre Mileto y Babilonia, Egipto, las caravanas comerciales hacia Persia y hasta la India. La unificación, ampliación y pacificación de todos los reinos de la zona bajo Darío debió favorecer estos viajes exploratorios. Pero hemos de suponer que los viajes de Hecateo fuesen más detenidos. Sobre todo teniendo en cuenta que existían listas de distancias oficiales de las carreteras de la antigua Asiria y Asia Menor. Pero no existían mapas de ningún tipo ni, por tanto, tampoco orientaciones precisas¹⁰.

La elaboración de un mapa plantea problemas de recopilación empírica de datos, su clasificación y su modelización. Ya he indicado la geometrización del material disponible y los procedimientos de búsqueda. Pero un primer rasgo llamativo de esta empresa es su universalización: no está ceñido ni al ámbito de la colonización griega ni al ámbito de lo que podrían considerarse sus intereses a corto, a medio ni siquiera a largo plazo. Porque las formas de colonización griega fueron siempre costeras, las ciudades que fundaron estaban a pocos kilómetros del mar o en las riberas de los ríos próximas al mar y, aunque su comercio se extendía más allá, no parece razonable suponer que estos mapas tuvieran un carácter anticipatorio económico. Más bien se trata de proyectar sobre un plano el conjunto de conocimientos disponibles sobre el mundo. Es decir, se trata de presenciar un mundo simbólico, no de fomentar la economía o el comercio. Sin duda tiene también esa utilidad: y su rechazo de la guerra se basa precisamente en el mejor conocimiento de la pluralidad de pueblos y riquezas de que dispone Darío, como hace notar Heródoto en el fragmento antes citado. Pero es, ante todo, una elaboración del universo mental lo que está en juego. Luego volveré sobre este aspecto.

La proyección sobre un plano de las distancias pone en juego dos conceptos inevitables: el de figura y el de escala. La geometrización ya mencionada recuerda sobremanera el tipo de geometría de Tales: polígonos regulares inscritos en un círculo. Probablemente todos los teoremas conservados de este autor pueden ser demostrados operando con la inscripción de figuras rectilíneas en

⁸ Quizás sea el río Riom, cf. K. von Fritz, *Grundprobleme der Geschichte der antiken Wissenschaft*, Berlín 1971, p. 29.

⁹ Cf. von Fritz, *op. cit.*, 1971, pp. 28 - 29.

¹⁰ Cf. Jacoby, *RE*, 1912, VII, col. 2689 ss.

un círculo: el diámetro divide en dos mitades al círculo¹¹, los ángulos de la base de un isósceles son iguales (en donde se manejan triángulos, pero también trapecios isósceles)¹², la igualdad de ángulos opuestos por el vértice¹³, la igualdad de triángulos con un lado igual y los dos ángulos sobre él también iguales¹⁴, la inscripción del triángulo rectángulo en el círculo¹⁵. En el mapa de Hecateo Océano es el círculo circunscrito a los cuadrantes, que son triángulos rectángulos, y cada una de las partes y zonas de la tierra tiende a la regularidad. Se ha puesto en conexión semejante imagen del mundo con la concepción popular, ya presente en Homero y en Hesíodo, de Océano como río en torno a la tierra¹⁶. Pero esa imagen popular no dice nada específico sobre la circularidad de la tierra ni sobre las formas regulares de las zonas de esta. Hecateo debió guiarse, entonces, por los estudios y criterios de la geometría de Tales.

Pero con una diferencia fundamental. La geometría de Tales es una geometría de la semejanza, no de la cantidad. Este último concepto no juega ningún papel en el estudio de sus figuras: son las simetrías, sus ejes, la forma de los ángulos, la ortogonalidad o no. Sólo la longitud de las líneas es un concepto de cantidad¹⁷. En un mapa, en cambio, se opera en *escala*, no con cantidades en sentido absoluto, sino relativo: la distancia de una ciudad a otra es el doble o la mitad o un tercio que la de la primera a una tercera. El espacio ya no es sólo una figura, con unos ejes que pueden tomarse independientemente unos de otros, como en la geometría de Tales. Incluso la semejanza no está garantizada en modo alguno. Por muy violenta que sea la geometrización de la superficie de la tierra, es decir, por muy forzado que sea el modelo en que Hecateo quiere encajar los hechos, las consideraciones de cantidad se le imponen, y eso por el origen mismo de los materiales que utiliza, tanto los marítimos como los terrestres. Desde la geometría se da paso a la cantidad y no por consideraciones comerciales, como parece haber pensado Proclo y, seguramente, su fuente, Eudemo, sino por consideraciones geográficas. Estos autores, en efecto, creyeron —y luego se ha repetido hasta la saciedad— que la matemática tuvo origen en necesidades prácticas:

«Muchos cuentan que la geometría se descubrió primero entre los egipcios, naciendo en la mensuración de los terrenos: les era necesaria por las crecidas del Nilo que borraba las demarcaciones de las propiedades de cada cual. (...) Así como entre los fenicios, por el comercio y los intercambios, nació el conocimiento exacto de los números, así también se descubrió por los egipcios la geometría, por la antedicha causa»¹⁸.

Me parece importante señalar esta referencia precisa a Tales, no sólo la muy acertada, pero general, a la filosofía natural milesia, ni la tan socorrida al mapa de Anaximandro, porque sólo dentro de ese contexto geométrico se puede apreciar el alcance científico de la obra de Hecateo, más allá de sus repercusiones en la historiografía, como ahora continuaré demostrando.

La relación de *proporción* es esencial en el mapa, porque hay que trasladar a una superficie reducida —no sabemos el tamaño del mapa de Hecateo— distancias reales, las geográficas, a otros niveles de medida. La búsqueda de la traducción de las distancias reales a las representadas debió ser un primer esfuerzo ingente de pensamiento. Pues hay que recordar no sólo que los persas y

¹¹ Cf. Proclo, in *Eucl. elem.* 157, 10 - 12.

¹² Cf. Proclo, in *Eucl. elem.* 250, 20 - 22.

¹³ Cf. Proclo, in *Eucl. elem.* 299, 1 - 2.

¹⁴ Cf. Proclo, in *Eucl. elem.* 352, 14 - 16.

¹⁵ Cf. Diógenes Laercio, I, 25. Para la geometría de Tales, cf. Th. Heath, *A History of Greek Mathematics*,

New York 1981, vol. I, pp. 128 - 139. Pero, sobre todo, M. Caveing, *La constitution du type mathématique de l'idéalité dans la pensée grecque*, Lille 1982, pp. 529 ss.

¹⁶ Cf. F. Jacoby, *op. cit.*, col. 2703 ss.

¹⁷ Cf. M. Caveing, *op. cit.*, pp. 573 ss.

¹⁸ Cf. Proclo, in *Eucl. elem.*, Prol. II, 64, 16 - 65, 11.

asirios tenían medidas de longitud diferentes entre sí y con las griegas, sino que los griegos mismos usaban muchas y muy distintas dentro incluso de una misma ciudad, y para tipos de objetos distintos. El encontrar la unidad de medida fue ya un esfuerzo de unificación no despreciable, junto a los cálculos de equivalencia.

Además, la relación entre las distancias reales y las representadas supuso otro esfuerzo enorme, y quizás, aún de mayor trascendencia: se trata de moverse simultáneamente en dos planos, el de la realidad y el de la representación con conciencia de su diferencia. Quien maneja un cúmulo de representaciones consabidas con las que se guía en su vida cotidiana, llega a tener estas nociones tan asimiladas en su lenguaje que difícilmente es capaz de objetivarlo, y sólo por incongruencias encontrará un camino para independizarse del lenguaje, a advertir que las imágenes que su entorno cultural maneja son sólo imágenes. Pero este camino se bloquea normalmente, porque tenderá a reducir estas incongruencias a los puntos concretos en que se producen: el consenso social se impone y la función referencial del lenguaje domina de tal manera al hablante que llega éste a confundir palabra y realidad: el río de que habla es el río que dice. La labor de Hecateo, por su novedad, por su extensión, por su dificultad misma, por el cambio de planos en que se mueve, pone con toda evidencia el universo de la representación como un mundo con leyes específicas, autonomiza el pensamiento y el lenguaje de las evidencias depositadas en él. Y esta labor de representación no es sentida como una ficción o un invento, sino como el descubrimiento de una verdadera estructura de las cosas. Hecateo sabía lo que decía cuando reprochaba a sus contemporáneos el vivir en la ficción y en la mentira¹⁹: una leyenda se puede inventar y reinventar, transformar y variar, pero la representación en el mapa exige un trabajo mental riguroso, con leyes estrictas. De ahí que el griego no haya creído nunca que el mundo de las ideas, de las representaciones mentales sea un mundo de ilusión, sino un mundo verdadero, y se lo haya tomado siempre en serio.

Dentro ya del mapa, las distancias de unas ciudades a otras o de un río a una ciudad, o de un lugar a otro, son relativas, es decir, deben guardar una proporción: *A* está de *B* dos veces más lejos que *B* de *C*. En el interior del espacio representado se asienta la proporción como su verdadera esencia cuantitativa. La proporción domina el espacio. Pero la proporción no sólo tiene un valor aritmético, sino que da sentido a la actuación. Porque afirmar que de una ciudad a otra hay tantos kms. de distancia no significa nada mientras yo no sea capaz de, por ejemplo, saber cuánto tardo en desplazarme un kilómetro a pie, o en caballo, o en coche o en barco. Y Hecateo utilizó este tipo de medidas: el golfo de Libia tarda en recorrerse «tres días de navegación»²⁰. El día de navegación es algo que para quien trabaja en ello tiene pleno sentido: es un gasto en comida, un desgaste de la nave, una posibilidad o imposibilidad técnica de realizarlo; su múltiplo puede permitirle incitarle o disuadirle a emprender su travesía.

En un *mapa mundi* lo significativo no son sólo las distancias y la proporción de unas con otras, sino que entre todas ellas se establece una red: la proporción hace tupidas estas relaciones, porque en un momento puedo yo establecer conexiones entre un punto dado y cualquier otro; la densidad de relaciones de un punto geográfico es prácticamente ilimitada. Mientras que en una representación mental los nombres geográficos están ligados y constreñidos casi exclusivamente por el cúmulo de asociaciones que poseemos de ellos, y por los contextos más o menos rutinarios y fijos en que suelen aparecer, en el mapa existe la posibilidad directa e inmediata de romper estas fijaciones y abrirlas a nuevos usos. No es meramente una cuestión de

¹⁹ Cf. Demetrio, *De eloc.* 12 = cf. Jacoby, *Frag.* 1 a.

²⁰ Cf. Estéf. de Biz. sub voce *Tylloi* = cf. Jacoby, *Frag.* 332.

facilidad, de manejabilidad, sino de la *apertura del funcionamiento del modo mental*. Hay, es verdad, una abstractificación mayor de los lugares geográficos, que quedan determinados sólo como puntos, pero, al tiempo, una densificación mayor de sus posibles referencias. Lo que se pierde en tradiciones y noticias, se gana en intensidad. El mapa no sólo facilita, sino que impulsa el conocimiento al desligar los lugares de sus contextos de uso y ponerlos en relación posible con cualquier otro lugar. Ya veremos cómo Hecateo hace frente a esa pérdida posible de la significación.

El mapa, finalmente, es el del mundo entero, es decir, frente a la representación zonal, concreta, de partes vivas, que el pensamiento arcaico tiene del mundo, sin totalidad, por primera vez el universo geográfico se convierte en unidad. Lo que Tales dijo del cosmos lo puede decir Hecateo de la tierra: convierte la tierra en un todo. Pero un todo bien concreto, puesto que se trata de estas relaciones de proporcionalidad entre sus partes. La proporción no sólo alía zonas distintas, medidas distintas, sino que convierte la pluralidad en una unidad. La proporcionalidad se convierte en creador de unidad total.

El ejercicio de la proporción es, pues, uno de los mecanismos mentales esenciales que se pone en obra al elaborar un mapa. Es conocida la importancia crucial que el concepto de proporción tuvo en la matemática griega y cómo hasta que Eudoxo de Cnido no formuló su teoría general de la proporción no pudieron manejarse satisfactoriamente los irracionales ni articularse sin estridencias la geometría y la aritmética²¹. Se han propuesto varias hipótesis sobre el origen de la teoría de la proporción, que apuntan todas a los pitagóricos. Hay una muy extendida sobre el origen musical de tal teoría: operando con la cuerda del monocordio y estableciendo la relación entre las diversas longitudes de la cuerda y la altura de los diversos sonidos, Pitágoras habría inventado la teoría aritmética de la música. Aritmética y teoría musical habrían nacido al mismo tiempo en una teoría de la proporción²². Nadie, que yo sepa, ha recordado a Hecateo en este problema. Pero la elaboración del mapa debía forzar a su creador a tal actitud mental. Sin ánimo de zanjar la cuestión ni mucho menos querer sostener el origen único de una teoría matemática de tal trascendencia, pero sí con el propósito de llamar la atención sobre el particular, voy a recordar un par de hechos que refuerzan mi hipótesis.

Eudoxo fue, además de un gran matemático, el mayor astrónomo de la antigüedad anterior a Aristóteles. Se le considera también el geómetra que cuantifica los ángulos y saca a la geometría de consideraciones puramente formales. Por si fuera poco, es el creador de un mapa que sustituye ya definitivamente al de Hecateo: explicaba sus conocimientos en clases con una esfera terrestre y una celeste. Utiliza magnitudes absolutas en la medición de la tierra (400.000 estadios de longitud por el ecuador) y proporcionales (la tierra es doble de larga que de ancha; la longitud de Grecia con respecto a su anchura es de 12 a 7). Se le atribuye la construcción de un instrumento, la «araña de Eudoxo», graduado, para medir distancias de planetas y estrellas y para tomar posiciones de objetos en el mar²³. ¿Es todo esto casual? ¿No sería la elaboración del mapa un impulso decisivo en esta formulación de la teoría general de las proporciones que desemboca en Euclides? En Eudoxo aparecen ya como saberes especializados lo que opera unitariamente en Hecateo:

²¹ Cf. L. Vega, *La Trama de la Demostración*, Madrid 1990, pp. 47 ss. Pero el estudio exhaustivo sobre el tema es el de M. Caveing, *op. cit.*, pp. 1.140 ss.

²² Cf. A. Szabó, *Les débuts de la mathématique grecque*, Paris 1977 (1969), pp. 109 - 198.

²³ Cf. *Die Fragmente des Eudoxos von Knidos*. Herg., übers., komm. von F. Lasserre, Berlin 1966; una expo-

sición sucinta de sus aportaciones astronómicas y matemáticas en L. van der Waerden, *Erwachende Wissenschaft*, Basel - Stuttgart 1956, pp. 297 - 309; y una exposición general en J. L. Gardies, *L'héritage épistémologique d'Eudoxe de Cnide. Un essai de reconstitution*, Paris 1989, que no he podido consultar.

cuantificación de la geometría, mapa celeste y mapa terrestre, con distancias y formas, teoría general de las proporciones, que vale tanto para cantidades conmensurables como inconmensurables, para tiempos y espacios.

Hay un aspecto que no he tratado y que afecta también a la construcción de un mapa: su referencia sensorial. El mundo antes depositado en la palabra y en la tradición oral, se ofrece como unidad a los sentidos. Pero ¿a qué sentidos? A la vista, ante todo. Pero ¿sólo a la vista? ¿Por qué no habíamos de pensar que también al tacto? No tenemos indicios para saber si señaló con diversos colores los relieves de la superficie terrestre o los indicó en un mapa también con relieves. Ni sabemos si distinguió las zonas de la tierra o sus distintos elementos con colores, tal y como hacemos en los mapas actuales. Pero conociendo la afición griega a los colores en la escultura y en la arquitectura, hemos de sospechar que sí sería un mapa coloreado.

En el supuesto más probable de que fuese un mapa visual y sabiendo como sabemos que en el mapa pretende Hecateo representar la verdad de las relaciones de las zonas del mundo, es decir, que no es un mero diletantismo intelectual, sino un modo de llegar a la verdad de las cosas, encontramos en Hecateo un distanciamiento de la palabra como asiento de la verdad, para ser sustituida por la vista. La vista nos da la verdad de algo, nos objetiva las representaciones de un mundo y nos enfrenta con él. Retorna en Hecateo la visualidad del mundo de Tales y de los antiguos milesios. Ya he mencionado antes la geometría. Pero su preocupación constante por los eclipses es otra prueba: la explicación difiere en estos autores. La de Anaximandro es de tipo energético y mecánico: las vaharadas de humo y llamas producidas por la acción del calor sobre la humedad logran ocultar el sol y también la luna²⁴; la de Tales es posicional: la interposición de un planeta ante otro dificulta la visión del segundo²⁵. Pero en ambos casos un fenómeno visual, como es el del eclipse, se convierte en tema de reflexión. Si tenemos en cuenta la mínima transcendencia de los eclipses con respecto al conjunto de los fenómenos astronómicos, podemos medir por ello su interés especial en la visualidad. En Hecateo, por primera vez de forma manifiesta y sistemática en occidente, la palabra y la visualidad se plantean como alternativa o, por lo menos, como matrimonio no muy bien avenido: quizás si recordamos los debates posteriores sobre la pintura y la palabra nos pueda servir de punto de referencia.

El mapa de Hecateo iba acompañado de explicaciones y noticias sobre los diferentes lugares y nombres. Era todo un tratado de geografía. Estas explicaciones son de distinto tipo. En primer lugar etimológicas: los nombres reciben su significado de su fundador²⁶ o de alguna hazaña de su epónimo²⁷ o por algún accidente geográfico próximo (valle, monte)²⁸, o por su dedicación a alguna divinidad o suceso mitológico²⁹ o histórico³⁰. Además de la etimología, le interesan a Hecateo las costumbres del país³¹, si se come o no pan³², si es zona fértil³³, si visten de una manera o de otra³⁴. Y, finalmente, referencias históricas: sucesos importantes en que ha participado, épocas pasadas más o menos verídicas³⁵, incluso se ocupa de ciudades desaparecidas³⁶. Es, por tanto, una geografía que reúne en la indicación de cada lugar un conjunto de referencias simbólicas que los griegos poseían de estas poblaciones.

²⁴ Cf. Aecio, II, 24, 2 = cf. DK 12 A 21; Hipólito, *Ref. I*, 6, 4 = cf. DK A 11.

²⁵ Cf. Schol. Plat. *in remp.* 600 a = cf. DK 11 A 3; y las noticias recogidas en A 5.

²⁶ Cf. Jacoby, *Frag.* 102 c.

²⁷ Cf. Jacoby, *Frag.* 266.

²⁸ Cf. Jacoby, *Frag.* 84; 239.

²⁹ Cf. Jacoby, *Frag.* 107.

³⁰ Cf. Jacoby, *Frag.* 115 b.

³¹ Cf. Jacoby, *Frag.* 328 a - b.

³² Cf. Jacoby, *Frag.* 323 a - b; 335.

³³ Cf. Jacoby, *Frag.* 168; 292 a.

³⁴ Cf. Jacoby, *Frag.* 284.

³⁵ Cf. Estrabón, VII, 7, 1.

³⁶ Cf. Jacoby, *Frag.* 129.

Porque lo que llama la atención, al menos, por los escasos datos que nos han llegado a nosotros de esta geografía, es que no de todos los lugares se nos da el mismo tipo de información: Hecateo no ha procedido aplicando un mismo esquema a todos ellos, más bien ha tomado cada lugar como un condensador semántico que recoge lo que las noticias de su tiempo permitían decir de él, cualquiera que fuese el tipo de noticias. La geografía se convierte así en un sistema de organización del universo simbólico griego.

Este es uno de los ejercicios de violencia simbólica más impresionante que se puede ejercer en una sociedad arcaica. Primero, porque en el universo simbólico no reina un orden sistemático, sino un uso multizonal, en numerosos registros simultáneamente, en que cada noticia puede ser utilizada o como información presunta sobre un territorio, o como ejemplo de comportamiento en la vida moral, o como dique etnográfico para señalar las diferencias del propio grupo. Los significantes y los semantemas flotan, pasan de unos contextos a otros. La sistematicidad del pensamiento arcaico no es la del orden de la teoría. Al fijar por parte de Hecateo una información a un lugar determinado, se está restringiendo el uso de esos términos e informaciones y se está restringiendo, sobre todo, el modo de usarlas. Y se están indicando las condiciones en que su uso es legítimo. Mientras que en la mentalidad arcaica no se trata de legitimidad o no de su uso, sino de la conveniencia y eficacia en el momento oportuno de su empleo. En el manejo de la información histórica se produce un fenómeno inverso al de los lugares: estos quedan disponibles para cualquier conexión, mientras que las noticias históricas relacionadas con ellos se limitan. El pensamiento arcaico procede, como hemos visto, exactamente a la inversa.

Además, y precisamente por eso, mucha de esa presunta información queda desechada, es falsa: al contrastar la flotación semántica con el lugar concreto, se establecen nuevas correlaciones entre significantes (el lugar y la noticia), que comienzan a determinarse mutuamente de una manera diversa: es ya la forma geográfica, o las costumbres reales, o el modo económico lo que deciden del uso a hacer de esos símbolos. Surge un nuevo modo de uso de las disponibilidades simbólicas de la sociedad: las de la adecuación o no de esos símbolos a los lugares. Si tenemos en cuenta que esas noticias sobre los lugares afectan a una de las categorías esenciales del pensamiento, el espacio, y si, además, advertimos cuán sobrecargada semánticamente está esta categoría en el pensamiento primitivo, podemos imaginarnos la violencia semántica y social que la elaboración de un mapa geográfico supuso en Grecia.

II. GENEALOGÍAS

Hecateo se ocupó también de la historia. Y no podía ser menos. Puesto que la revisión geográfica le impulsaba ya a tener en cuenta las tradiciones y leyendas de los países que describía. Y en una situación como la suya, poco diferenciada, sería difícil discernir las tradiciones históricas de las geográficas, lo mismo que hoy en día lo sigue siendo. Su historiografía hemos de considerarla, entonces, como un lado más de la revisión del universo simbólico de su cultura.

Pero con problemas específicos. La historiografía supone también la distinción de los sucesos reales de los ficticios y, por tanto, una continuación de los mismos criterios de verdad que imponía la geografía. Hay, con todo, una diferencia importante. Y es que el mundo de la actuación humana es sumamente complejo, más variado que el de la geografía. A fin de cuentas la determinación de un lugar podía hacerse por una expedición y los cambios geográficos, aunque reales, son sumamente lentos. Pero los cambios humanos son múltiples, rápidos, súbitos e incluso contradictorios. ¿Dónde establecer el límite entre lo humano y lo no humano? Puesto que la historia iba li-

gada indisolublemente con la mitología, esto forzó necesariamente a una reflexión sobre las diferencias entre lo humano y lo divino, con esa posición intermedia tan incómoda de los llamados héroes, es decir, los hijos de divinidades y humanos. Y también una reflexión simultánea sobre las posibilidades de la acción humana y no desde el punto de vista de su legitimidad —*hybris*, ley—, sino de su capacidad. La antropología comienza a diferenciarse como conocimiento al tiempo que introduce criterios técnicos al margen de los morales. La teología y la antropología están en juego en esta historiografía³⁷.

Cuando se habla de este tema se suele plantear en términos de racionalización y entender ésta como la oposición entre explicación naturalista y explicación legendaria. No es que esto sea falso; es que es vago, impreciso y, sobre todo, que proyecta nuestra imagen del hombre y de sus capacidades —codificadas con cierto detalle en nuestra cultura con criterios básicamente biológicos— en la cultura griega. La historia obliga necesariamente a revisar la imagen del hombre por un lado y la de los dioses por el otro. Es decir, es un proceso de diferenciación mutua, sin que se pueda tomar como mojón inamovible ninguno de los dos polos. Haber dado impulso de manera sistemática, no esporádica, a esta reflexión es mérito de la historiografía de Hecateo.

Hay más. Puesto que la historia ha jugado siempre, incluso ahora, funciones de cohesión social y de legitimación para el grupo, la investigación del pasado con sus revisiones, supondrá también necesariamente una revisión de los fundamentos de la legitimación de los pueblos historiadados. El caso más patente es el de Atenas. Sostuvo Hecateo que, antes de los griegos, vivían en el territorio griego peninsular otros pueblos: los griegos serían, pues, invasores que, por unas razones o por otras, más o menos justificadas, habrían ocupado esos territorios, expulsando a los primitivos habitantes³⁸. Esto a los atenienses no podía sentarles nada bien, pues tenían como uno de los componentes de su legitimación la autoctonía. Y todavía en el epitafio de Pericles se recurre a este lema como algo de suyo³⁹. La polémica se encendió, como era de esperar⁴⁰. Aparte de la razón histórica que le asistía, la historiografía conmueve aquí uno de los elementos de aglutinación de los pueblos en favor, quizás, de otros.

Cuando este universo cultural es fustigado, se quiebra también otro uso importante de la historia, su capacidad de aportar modelos de conducta. Función esta que en una sociedad tradicional contribuye a la integración. Los ejemplos de comportamiento se extraen del pasado y no importa cuán contradictorio pueda ser este pasado, que, como el refranero, ofrece modelos para cualquier cosa. Pero en sus héroes y dioses, en las explicaciones que dan de esas conductas los poetas e intérpretes, el pueblo sabe a qué atenerse. Recordemos que aún Platón consideraba esta función esencial, puesto que propone una revisión total de la mitología precisamente porque, según él, no respeta las nociones correctas de lo que tiene que ser un dios y de cuál debe ser su comportamiento correcto⁴¹. Ciento cincuenta años antes el impacto de la revisión debía ser aún mucho mayor.

Cuando la historia se hace crítica en un punto, cuando se la somete a criterios de reorganización según una nueva idea de verdad, se producen dos nuevos fenómenos, concomitantes, en ese pueblo. Primero, la actitud del público cambia, pues ya no tiene una retaguardia de tradiciones protegida de la que echar mano en cualquier momento, ya no hay un cúmulo de sucesos a disposición que nos llenan el pasado con significaciones aceptadas. Lo que pasaba por historia se colo-

³⁷ Cf. J. Caro Baroja, *La aurora del pensamiento antropológico. La antropología en los clásicos griegos y latinos*, Madrid 1983, pp. 26 ss.

³⁸ Cf. Estrabón VII, 7, 1.

³⁹ Cf. Tucídides II, 36 y Platón, *Menéxeno*, 237b ss.

⁴⁰ Cf. Heródoto VI, 137 = cf. Jacoby, *Frag.* 127.

⁴¹ Cf. Platón, *Rep.* 377c ss.

ca delante, se enfrenta a nosotros, lo objetivamos. Y, precisamente por eso, se pierde la confianza y la espontaneidad frente a ese universo, se le mirará con recelo. Lo cual significa que ya no podrá actuar como elemento de cohesión en una discusión, como instancia que dirime diferencias. Un interrogante pende sobre todos y cada uno de los relatos, sobre el mundo de los relatos como tal y sobre la propia tradición. La función del historiador es, pues, no aniquilar la historia como legitimación: para eso hubiera hecho falta que Hecateo se hubiera manifestado no sólo escéptico, sino totalmente crítico. Sino sustituir la actitud de legitimación arcaica, por otra diferente, más consciente y crítica: introducir el nuevo concepto de verdad en el núcleo mismo de la legitimación. La nueva actitud consiste en una mayor sensibilidad para las contradicciones, en la incapacidad social para soportarlas, y, por tanto, en la actitud permanente de revisión del universo cultural que eso conlleva. De un modo estático de vivir en la tradición se pasa a uno dinámico, intrínsecamente dinámico, que culminará en la pregunta socrática⁴². Esto no puede dejar de tener repercusiones políticas a medio y largo plazo: las relaciones del hombre con su medio social comienzan a variar.

La historiografía plantea también otro tipo de problemas, científicos, por ejemplo, el de la cronología. El pensamiento arcaico no tiene noción de lo cronológico. Sólo funciona en términos de tiempo primitivo y de tiempo derivado, siendo el primitivo la época de plenitud, el derivado el de la degeneración. Además, el ciclo y la repetición incesante de ese tiempo originario constituyen elementos de esa mentalidad: los ritos —normalmente anuales— de las fiestas, los aniversarios —superpuestos a otros ciclos cuatrienales— las Grandes Panateneas, los Juegos Olímpicos, —o bienales— los Juegos Píticos. Es decir, el distenderse del tiempo es reabsorbido en el ciclo, que nos devuelve a lo primordial. La densidad histórica está en la proximidad ritual al origen y en el entrecruzamiento de estos distintos ciclos, cada uno de ellos con una periodicidad diferente⁴³. Sobrepuesto a esto hay una conciencia de sucesión a través de la noción de linaje, de padres e hijos, pero que sólo vale para señalar relativamente quién es antes que quién dentro de un mismo linaje, pero no para indicar sino con muchas dificultades, la prioridad entre linajes diferentes y, además, en un corto espacio de tiempo. Pero lo que la noción de linaje pudiera aportar a la conciencia de sucesión es aminorado porque en cada generación el sistema de parentesco reitera la misma estructura que en el linaje anterior, de modo que la continuidad no es una apertura al porvenir, sino una reiteración de lo mismo. Para no hablar ya de la datación absoluta de los eventos.

Hecateo debía sustituir esta concepción cíclica, mítica, ritual, relativa del tiempo, por una concepción lineal, absoluta. Y esto supone también un desgarramiento violento en una cultura arcaica. Porque se pierde la noción de repetición y, con ella, la de recuperación: ya no hay retorno, sólo alejamiento. Si el autor o la sociedad permanecen fijados a la concepción de la bondad del origen, la noción de exilio actual les tiene que resultar inevitable y dolorosa. Y, si se quiere prescindir de la idea de tiempo original como tiempo pleno, entonces la transformación es aún mayor, pero no sabemos hacia dónde puede caminar: o hacia un vagabundeo, o hacia un progreso... De las dos posturas hay constancia en la Grecia posterior: Sófocles representaría la primera⁴⁴, Protágoras la segunda⁴⁵. Pero ambas presuponen este paso que da Hecateo.

⁴² Cf. José Ramón Arana, *Conjurar la violencia. Palabra y justicia en el joven Platón*, cap. IX (en prensa).

⁴³ Cf. M. Eliade, *El mito del eterno retorno*, Madrid 1994, pp. 53 ss; y R. Girard, *La violence et le sacré*, Paris 1972, cap. I, pp. 13 - 62.

⁴⁴ Cf. Sófocles, *Antígona*, v. 332 ss.

⁴⁵ Cf. Protágoras en Platón, *Protágoras*, 320c ss.

Esta nueva experiencia del tiempo se acompaña de una necesidad de nuevos modos de regenerar por parte de la sociedad el consenso en que se funda. Un rito colectivo actualiza el todo social en la purgación de las faltas y de la degeneración. Pero ¿qué pasa cuando ese tiempo primitivo ha desaparecido y no es recuperable, cuando ya no hay rito que convoque a la colectividad en una comunidad? La mentalidad cronológica abre un boquete por donde se van a colar los vientos fríos de la historia y a disolver el estatismo de una sociedad que se reencuentra consigo misma sin querer reconocer la diversidad. El sentido del dinamismo y el reconocimiento de la diversidad son propiciados por la cronología.

Eligió como punto de referencia la lista de los arcontes espartanos, iniciándola con Heracles y asignando a cada uno de ellos una duración de cuarenta años de gobierno⁴⁶. La misma regularización de los procesos que en geografía: son los modelos los que imponen orden en el material empírico y no a la inversa. Esto se comprueba claramente comparando a Hecateo con las listas asirias de reyes, mucho más precisas cronológicamente, pero que no permiten establecer una equiparación de unos pueblos con otros. Son listas que se cierran sobre sí mismas. Y culturas, por tanto, que no salen de sí⁴⁷. Hecateo, en cambio, organiza todos los datos conocidos de todos los pueblos de la tierra por referencia a la cronología espartana. Pues no se limita a narrar la historia de Grecia, sino que elabora una historia universal. Esta historia es notable por dos razones. En primer lugar, por la ambición y por el afán de salir del círculo de la propia cultura y abrirse a lo extraño. Hemos de suponer que lo mismo que amplió conocimientos en sus exploraciones geográficas, igualmente introduciría noticias sobre el pasado de cada uno de los pueblos historiadados. Y esto no sólo es un enriquecimiento informativo, como en el caso de la geografía, puesto que los datos históricos, como acabo de indicar, están cargados de valores y funciones legitimadores: otras tradiciones se cuelan a manos llenas en la cultura griega. Al enriquecer su información, la abre a otras simbologías. Es sintomático lo que cuenta Heródoto de su viaje a Egipto y la explicación de los sacerdotes sobre su presunta genealogía: mientras que para Hecateo tener quince antecesores le parece mucho y, además, los hace culminar en un dios, los egipcios le muestran que tienen 345 generaciones por detrás y que ninguna culmina ni en un dios ni siquiera héroe: no sólo es más antiguo el mundo de lo que creen los griegos, sino que la divinidad y el hombre están separados y cortados por una ruptura insalvable⁴⁸.

Y, en segundo lugar, la uniformación de las cronologías plantea problemas semejantes de equivalencia que el de las medidas en el mapa; no voy, por tanto, a insistir. Aunque no hemos de pensar que Hecateo elaboró una historia propiamente universal, es decir, en donde los procesos de los distintos pueblos estén regidos por fuerzas y necesidades extendidas comúnmente, y que actuasen unitariamente. Sino más bien, relata la historia de cada país desde dentro de él mismo y desde los datos que cada uno de ellos le ofrece. Hemos de imaginárnosla a modo de los *lógoi* de la historia de Heródoto⁴⁹. Lo que tiene de universal sería el ámbito y la red común que establece una misma cronología.

En este interés por las culturas ajenas Hecateo prolongaría una actitud típica del pueblo griego desde siempre con respecto a lo extranjero y «bárbaro»: los ven siempre como otros griegos,

⁴⁶ Cf. K. von Fritz, *Die griechische Geschichtsschreibung*, Berlin 1967, pp. 69 ss; en realidad el estudio de la cronología de Hecateo se remonta a E. Meyer, en 1892, que propuso la Guerra de Troya como punto de separación de eras, y daba por menos segura la lista de los arcontes espartanos.

⁴⁷ Cf. J. van Seters, *In Search of History. Historiography in the ancient world and the origins of biblical history*, New Haven - London 1983, pp. 68 - 72 para los asirios; pp. 127 - 187 para la historiografía egipcia.

⁴⁸ Cf. Heródoto II, 143 - 145.

⁴⁹ Cf. Dionisio de Halicarnaso, *De Thuc.* 5 = cf. Jacoby, *Test.* 17 a.

no como monstruos, sean amigos o enemigos. No hay una demonización de lo extranjero. Los griegos se sienten a gusto con lo extraño y lo que cuentan de ello es, a grandes líneas, lo creíble⁵⁰.

La elección de un punto de referencia tampoco es inofensivo. Piénsese, por ejemplo, en el nacimiento de Cristo para la cultura occidental o la Hégira de Mahoma para la cultura islámica. Aunque la cronología pudiera significar aparentemente una eliminación del origen, de hecho se le sustituye por otro origen. En los dos ejemplos que acabo de mencionar, lo anterior es prehistoria, anuncio, todavía el no-venido, frente a lo pleno que comienza con esas fechas. ¿Podía ser lo mismo en el caso de Hecateo? El comienza con Heracles, hijo de dios y de mortal. Heracles funde, por tanto, en sí los dos mundos. Pero con ello lo convierte en figura definitivamente histórica, definitivamente humana. Seguramente Hecateo, por la anécdota antes relatada de Heródoto, no quiere soltar amarras con el mundo mitológico y lo pone como transfondo legitimador de la acción humana. No es lo que en culturas algo menos liberales y más cerradas se llamará un «micio». Hecateo no hace más que continuar así ideológicamente lo que la mentalidad griega encontraba ya desde Homero: una cierta continuidad entre los dioses y los hombres.

Heracles era el héroe griego por antonomasia: era tal la profusión de leyendas y lugares de culto que casi cada ciudad y cada pueblo tenía su pequeña tradición relacionada con este héroe. De este modo encontró Hecateo un lugar mitológico que le permitía cohesionar las tradiciones griegas más dispersas. El nombre estaba bien elegido: le facilitaba la tarea de homogeneizar la historia griega. Pero Heracles es, por antonomasia, el héroe de Lacedemonia: la colonización del Peloponeso se consigue después de varias intentonas por los heraclidas. Y, de hecho, la cronología de Hecateo continúa con los descendientes espartanos de Heracles. Y esto sí era convertir a Esparta en el centro de la historia de Grecia y, con ello, de la historia del mundo. Esto nos puede sorprender a nosotros hoy, que conocemos los conflictos de finales del siglo V a. C., pero a finales del siglo VI y comienzos del V Esparta era el centro continental griego de mayor prestigio. Y recordemos que Tales y Anaximandro han tenido contactos, al parecer intensos, con Esparta.

En esta historia de Hecateo, pues, encontramos la diferenciación interna del universo cultural griego entre teología y antropología, y un contrabalanceo entre la eliminación de noticias sin relevancia («falsas») dentro de ese universo con una ampliación del universo cultural hacia la historia universal.

Algunos historiadores antiguos y geógrafos se quejaron de que era un método poético, de que introducía demasiadas leyendas poco justificadas en sus relatos y en sus reconstrucciones⁵¹. Y, obviamente, no todo lo que dió por bueno Hecateo es de recibo. Heródoto le critica su concepción de la tierra como una superficie circular, el que el Danubio y el Nilo procedan del Océano y no de la tierra, como los demás ríos, el que Europa sea más grande que Asia⁵². Pero lo que me parece de admirar, errores concretos aparte, es el esfuerzo ingente que supuso cambiar de mentalidad: Hecateo fue uno de los pensadores que más contribuyeron a hacer que Grecia pasara de ser una sociedad arcaica a una sociedad tradicional.

⁵⁰ Cf. H. Schwabl, «Das Bild der fremden Welt bei den frühen Griechen», en *Fondation Hardt, VIII: Grecs et Barbares*, Vandoeuvres - Genève, 1961, pp. 8 ss.

⁵¹ Cf. el paso anterior de Dionisio de Halicarnaso; Estrabón VIII, 3, 9 = cf. Jacoby, *Test.*, 10; Eliano, *HA.* IX, 23 = cf. Jacoby, *Frag.* 24.

⁵² Cf. K. von Fritz, *op. cit.*, 1967, pp. 128 ss.

III. LA PROSA CIENTÍFICA

Con Hecateo se impone definitivamente la prosa como modo de expresión teórica frente a la poesía. Y esto es un cambio transcendental. La poesía griega era una poesía oral⁵³. Por eso, es un decir recurrente, a plazo fijo, que debe marcar los finales de verso llamando la atención del oyente y escandiendo su tiempo. La sujeción del verso es la sujeción del oyente. La poesía se asienta en la creación de hábitos y de expectativas, cualquiera que sea lo narrado o cantado. La prosa cambia por completo la actitud del destinatario. Probablemente ya no es un oyente, sino un lector. Es decir, alguien que tiene la posibilidad de utilizar en privado lo escrito, fuera del grupo y lo tiene, por tanto a su disposición. La privacidad va ligada al discurso teórico, en este caso, el geográfico. Y la privacidad permite evitar los fenómenos de contagio colectivo, de uniformidad que la poesía pretende, fomenta y en que se apoya. La prosa supone una mayor iniciativa por parte del lector para entregarse, independientemente de ritos públicos, a actividades intelectuales. Hay que recordar que la poesía era cantada en las festividades o en las competiciones colectivas. La prosa se aparta de esa ritualización no sólo en la forma, sino también en el ambiente.

Se aparta, también, por lo mismo, de la sacralización que acompaña al poeta: éste habla en nombre del dios o de los dioses, es un inspirado. Y, aunque no sea lo mismo la poesía épica que la lírica, hay una carga de selección, de intermediario en el poeta, de la que está privado el prosista, que sólo escribe en nombre propio. El prosista ya no escribe en nombre de la comunidad, aunque lo haga para la comunidad. Es la voz de un individuo que dice lo que piensa, frente a otras opiniones. La voz del prosista aparece, por tanto, aislada, en competencia, como una voz en la asamblea, junto y frente a otras.

La ausencia de recurrencia deja al prosista en la libertad de terminar y de empezar donde quiera y como quiera. De pronto, el prosista se ve abocado a encontrar otros criterios de demarcación. El lenguaje, que hasta ahora parecía imponerse, se objetiva, se distancia, y es sometido a otras instancias. Pueden ser estas las del tema. Pero decir esto, que es verdadero, es demasiado general, puesto que no sabemos cuáles son las necesidades de un tema ni si cada uno de los temas tiene las mismas necesidades y criterios de distribución. Lo que sí parece cierto es que la prosa queda como un lenguaje disponible, como una apertura, sin expectativa a plazo fijo. ¿Comienza aquí el predominio imponente del significado sobre el significante, el logocentrismo que tan bien ha descrito Derrida como característica del pensamiento occidental⁵⁴ —y seguramente no occidental—? No es extraño que los críticos literarios posteriores, muy posteriores, encuentren en Hecateo falta de períodos⁵⁵. Y es que ellos lo comparan a Isócrates que, cuando ya la prosa es un fenómeno consolidado de siglos, reintroduce en ella ese modo de recurrencia poética temporal.

Una nueva manera de experimentar el tiempo va ligada al paso a la prosa. La recurrencia es sustituida por la apertura. Pero esta apertura no conduce a ninguna parte. No es, como en el dra-

⁵³ El iniciador del estudio de las transformaciones que el paso de la poesía y literatura oral a la escrita produjo en el pensamiento griego fue Eric A. Havelock; cf. la colección de artículos sobre el tema en K. Robb (ed.), *Language and Thought in Early Greek Philosophy*, La Salle, Illinois, 1983. Pero están más preocupados por aspectos formales, no por la experiencia intelectual del tiempo.

⁵⁴ Cf. E. Husserl, *L'origine de la géométrie. Traduction et introduction par Jacques Derrida*, Paris 1962, la exposición más temprana, que después ha desarrollado reiteradamente.

⁵⁵ Cf. Demetrio, *De eloc.*, 12 - 14 = cf. Jacoby, *Test.* 19.

ma, un precipitarse a un final, cuyo desenlace no conocemos, pero sabemos que existe, final en suspense. La prosa geográfica es un tiempo reversible, no cíclico: uno puede leer y releer las páginas que ya había leído, en cualquier orden, uno no tiene por qué empezar por el comienzo, en orden seguido hasta el final. Uno puede hendir el libro en un lugar concreto para informarse sobre un punto determinado, por ejemplo, dónde está Egipto o cuál es el significado etimológico de Rodonia. En este sentido, conserva un aspecto del universo arcaico: su disponibilidad absoluta. También en él, las noticias están a disposición, en cualquier momento, sin orden alguno sistemático. Pero ahí las noticias estaban desligadas del tiempo, que era cíclico. Ahora esta disponibilidad se alía al tiempo sucesivo, mientras la circularidad es abandonada: al descomponer el círculo del tiempo, éste como experiencia se llena de contenidos concretos y diversos; la forma circular, en el fondo vacía, puesto que siempre contiene lo mismo, se transforma en un tiempo de las cosas que uno quiere hacer y conocer.

La poesía era cantada⁵⁶. Nosotros no conservamos más que la letra. Pero tanto la épica como la lírica eran, ante todo, música. La prosa se desprende de la música. Una nueva forma de publicidad del lenguaje se va creando. Puesto que la prosa tiene vocación no de archivo, sino de ser leída, ya no necesita el acompañamiento ni los signos de reconocimiento. Es verdad que las discusiones en la asamblea son públicas y no son musicales y son prosaicas. Pero la diferencia radica en que esas discusiones afectan a la comunidad, están sometidas a la sanción de la comunidad. Lo que la prosa promociona es otra esfera de la privacidad no como reducto, sino como espacio social reconocido: hay una complejidad del ámbito social del lenguaje. De alguna manera viene a recoger así la prosa el lenguaje ordinario, eficaz, pero silenciado, y darle carta de naturaleza. Claro está, esta publicitación de lo ordinario no se hace sin severas restricciones, como no podía ser menos siempre que se trata de ofrecer algo al reconocimiento público. Esta normatividad sobreañadida es, nada menos, el rigor e investigación que los enunciados y las afirmaciones del geógrafo requieren. Son su carta de presentación. Así como en la asamblea se presentan los intereses individuales, pero mediados por la sanción colectiva, en la prosa aparecen los intereses colectivos expresados por la individualidad destacada. Son dos discursos complementarios. Y ambos sobre el transcurso de la cotidianidad.

La independización con respecto a la música libera a la dicción de otra carga pesada: los pies y el juego de largas y breves. También aquí el prosista se ve privado de los medios de significación de que carece la poesía, no sólo de ritmo. Pero, al tiempo, le facilita recurrir a una cantera enorme de palabras que difícilmente encajaban en los ritmos musicales, o a combinaciones nuevas. El lenguaje prosístico debió sorprender sobremanera a sus primeros lectores, tanto porque chocaba contra sus hábitos de oyentes musicales, como porque recogía sus experiencias del lenguaje cotidiano, que tantas distancias tenían. Además de que la autoridad y los hábitos poéticos consagrados unas palabras como poéticas y otras no. Este desconcierto todavía se refleja en los críticos posteriores, que dicen de la prosa de Hecateo que era simple y limpia, no poética, es decir, que utiliza expresiones no presentes en los poemas consagrados de su tiempo —Homero, Hesíodo—⁵⁷, y, al tiempo, otros le reprochan ser demasiado poético: perdería la métrica, pero conservaría aún las expresiones poéticas⁵⁸. Depende de dónde proceda el crítico y desde qué época escriba, le sonará una cosa u otra: los primeros son críticos literarios, el segundo es un científico ya de época muy tardía.

⁵⁶ Cf. F. Rodríguez Adrados, *Orígenes de la lírica griega*, Madrid 1976, pp. 19 ss.

⁵⁷ Cf. Dionisio de Halicarnaso, *De Thuc.* 5 = cf. Jacoby, *Test.* 17 a; Hermógenes = cf. Jacoby, *Test.* 18.

⁵⁸ Cf. Estrabón I, 2, 6.

Con la introducción de la prosa, pues, surge no sólo una nueva forma de escribir, sino una nueva experiencia del tiempo, se da paso a una expresión de la racionalidad inherente a la vida cotidiana, que el lenguaje poético sacral impedía manifestar, y se abre un campo semántico inesperado. Además de que la ausencia, en principio, de restricciones facilita la creatividad individual en todo este tipo de ámbitos. La aparición de la prosa es un acontecimiento fundamental en la historia del pensamiento europeo. Y uno debería preguntarse qué uso se ha hecho de la prosa y si los europeos han sacado partido de ella en sus exploraciones.

JOSÉ RAMÓN ARANA
UPV/EHU